



## Antes de ser pública. Memoria, historia y temporalidades de las exhumaciones populares de víctimas del franquismo

Before being public: Memory, history and temporalities of the popular exhumations of victims of Francoism

 Zoé de Kerangat

Universidad Nacional de Educación a Distancia, España  
zkerangat@geo.uned.es

 Jesús Izquierdo Martín

Universidad Autónoma de Madrid, España  
jesus.izquierdo@uam.es

Recepción: 15 octubre 2024

Aprobación: 12 diciembre 2024

Publicación: 01 junio 2025

**Resumen:** Difícil resulta establecer los orígenes de una actividad, como complejo es señalar sus delimitaciones. Es un reto, pero puede ser asumido con cautela. Este es el problema al que se enfrenta la Historia Pública en España, un país con escasa tradición a la hora de incorporar a los ciudadanos en la elaboración –junto a los profesionales de la historia– de relatos sobre su pasado. Contamos, sin embargo, con una experiencia única de activismo ciudadano en favor de la memoria y la historia de quienes fueron asesinados y enterrados en fosas comunes clandestinas por el régimen franquista: las exhumaciones populares que se produjeron en España en las décadas de 1970 y 1980. Es un ejemplo de dignidad y de firmeza que demuestra que la historia difícilmente puede dejar de ser pública.

**Palabras clave:** Temporalidad, Exhumaciones, Franquismo, Transición española, Historia, Memoria, Historia pública.

**Abstract:** Establishing the origins of an activity is as challenging as defining its boundaries. It is a task that requires caution but it can be undertaken. This is the issue faced by Public History in Spain, a country with little tradition of involving citizens in the co-creation of narratives about their past alongside professional historians. However, Spain holds a unique experience of civic activism for the memory and history of those who were murdered and buried in clandestine mass graves by the Francoist regime: the popular exhumations that took place in the 1970s and 1980s. This is an example of dignity and determination, proving that history can hardly cease to be public.

**Keywords:** Temporality, Exhumations, Francoism, Spanish Transition, History, Memory, Public History.



## Historia y memoria: dos campos poco delimitados en la historiografía española

Que la historia siempre ha sido pública es una evidencia casi de Perogrullo. Sin embargo, hasta la más clara evidencia debe ser puntualizada: la historia pública ha devenido Historia Pública cuando algunos académicos han resuelto integrarla en el seno de la disciplina, especialmente cuando los públicos de la historia profesional, habitualmente pequeños, reducidos la mayor parte de las veces a colectivos académicos o más letrados, se han visto desbordados a medida que las distintas identidades y movimiento sociales se han reivindicado, desde abajo, como *actores del pasado* y se han convertido en preocupación y ocupación de la historia experta: mujeres, clases sociales, subalternos, locos, enfermos... todos ellos han ido demandado desde el siglo XIX, tras el nacimiento del movimiento obrero, su lugar en un pretérito del que formaron parte aunque fueran invisibilizados por quienes se erigieron en protagonistas exclusivos de la vieja historia política tales como reyes, nobles, políticos, Estados o naciones (Kelly, 1978). Siguiendo la estela de la vieja Historia Social, el foco del historiador profesional se ha ampliado ante la presión de grupos y movimientos que no pueden ser eludidos del discurso histórico.

Ahora bien, hay otra manera, más profunda, de considerar esta apertura pública de la historia: el reconocimiento de los ciudadanos corrientes como *autores del relato histórico* (Kean, 2013). No es una faceta fácilmente aceptada por la historiografía profesionalizada. La mayoría de los expertos consideran a los ciudadanos meros portadores de testimonios y memorias cuyo archivo queda custodiado por el profesional, quien autoriza su uso. Para una gran parte de los expertos es demasiado arriesgado equiparar los relatos, lenguajes y dispositivos de los neófitos con las narraciones de los historiadores, especialmente porque ponen en riesgo la exclusividad del experto. Los relatos de los ciudadanos, si acaso, son meras opiniones que siempre quedan debajo de la autoridad de los verdaderos profesionales, los historiadores disciplinados. Para evitar esta intromisión en la disciplina, lo más habitual es que ésta desplace el conocimiento profano –que parte de su experiencia personal y colectiva– al territorio desvaído de la memoria: más que conocer, los ciudadanos recuerdan porque el pasado irrumpe involuntariamente en ellos, porque la memoria hace presente el pasado y configura las narrativas de la identidad a partir de las cuales tienen lugar las batallas por el pretérito. Es un terreno de descontrol pluralista que solo la intervención del profesional puede ordenar, una “tierra de nadie” donde únicamente el experto es capaz de ocupar un lugar como juez legítimo que dirime la verdad del pretérito. Siempre que lo considere pertinente, el experto se desplegará hacia esos públicos más amplios con el fin de tener la última y autorizada palabra. La memoria se confunde así con la historia y se transforma, en las cabezas pensantes del profesional medio, en memoria histórica. Punto.

Los historiadores públicos del siglo XXI han sido más sensibles a la corresponsabilización en el conocimiento del pasado de profesionales y ciudadanos (Cauvin, 2016). Para empezar, porque se han tomado su tiempo en distinguir entre historia y memoria. En este sentido, como fenómeno, la historia es una convocatoria del pasado desde la actualidad, está marcada por un juego de lenguaje basado en la presentación pública de pruebas factuales y documentales, y su conocimiento tiende a la concentración en instituciones profesionales que buscan el ideal de una Verdad, con mayúscula, del pasado. Por el contrario, la memoria es irrupción del pasado en el presente, obedece a un juego de lenguaje centrado en la emoción y tiende, por último, a la dispersión entre instituciones, colectivos y personas (Izquierdo Martín, 2023). La memoria conoce el pasado de una forma concreta y asienta en él identidades y subjetividades presentes. La historia contrasta recuerdos –y también los crea– y, cuando bien puede, produce cierta distancia respecto a los relatos identificadores. En todo caso, son dos formas de conocimiento del pasado que no siempre discurren en paralelo: los historiadores no siempre construyen distanciamiento a través del contraste entre memorias, por un lado, y otros documentos y preguntas sobre el ayer, por el otro. Y es que la historia también está sesgada

por el lenguaje del presente, por las comunidades de pertenencia del investigador, por la influencia historiográfica del profesional, etc. Muy a menudo los historiadores operan como auténticos diseñadores de implicaciones entre el pasado y el presente a través de relatos profundamente anacrónicos. Y es que los historiadores son *creadores* relevantes del recuerdo porque contribuyen a respaldar conmemoraciones que producen memoria entre los ciudadanos que acaban asumiendo lo representado como lo realmente ocurrido. Este es uno de los principales cruces de actividad entre historia y memoria. Y tiene implicaciones relevantes en la ensimismada y supuestamente distanciada disciplina de la historia.

Pero hay otro cruce que debería hacer pensar a la historia académica: los ciudadanos que recuerdan, que tienen memoria, emplean muy a menudo el método histórico, aproximándose al ejercicio profesional que no parece bien armado para defender sus murallas exclusivistas, salvo esgrimir que, sin su última palabra, la memoria y conocimiento del pasado no existirían. Ya lo señalaba, en uno de los mejores estudios de la memoria que se han desarrollado en nuestro país, nuestro colega y amigo Pedro Piedras Monroy: “los historiadores (españoles), además de en los aniversarios, han encontrado un filón en ese perro sin dueño (académico) que es la memoria” (Piedras Monroy, 2012, p. 126). Ocupar el campo de la memoria convirtiéndola en histórica no supone aceptar la historicidad de todo recuerdo, su maleabilidad –como en la historia, por cierto–. Implica, más bien, esgrimir la idea de que, sin los historiadores, el pasado sería solo un terreno de irreductibles y maléficas opiniones políticas y posiciones éticas.

Da la impresión de que el desdén mayoritario de los historiadores profesionales por aquello que es más público de la historia pública, esto es, la coautoría responsable de los ciudadanos y los expertos en el conocimiento histórico, les conduce o bien a convertir la memoria en un artefacto que les es propio –los ciudadanos solo tienen el recuerdo primigenio– confundiéndolo burdamente con la historia, o bien a identificar ese conocimiento público como mera opinión de valor secundario. No es de extrañar que se muestren tan insensibles a los lenguajes que se articulan en los dispositivos producidos desde la sociedad civil, ya sea la literatura histórica, el documental, el cine sobre el pasado, el cómic, la radio y un largo etcétera. Todos ellos son sólo material de segunda clase para la investigación del profesional.

Lo problemático del desprecio académico hacia otras maneras de construir el pasado procede del rechazo ingenuo hacia otras maneras experienciales y otras formas de experticia que producen interpretaciones sedimentadas del pasado, haciéndolo más complejo, pero también más participativo. En estas historias caben otros autores de la historia, ya sean artistas, escritores, evocadores... que dan voz múltiple a los relatos así creados. Pensemos en una exposición museística donde intervienen artistas, museólogos, historiadores, documentalistas, conservadores y ciudadanos que democráticamente participan en la ordenación, jerarquía y omisión de las piezas mostradas. Lo más sencillo es cobijarse en la zona de confort y permanecer fuera de los debates que circulan en la sociedad civil y que en gran medida no se abren desde dentro de la academia. Para el profesional ensimismado son debates de opinión en los que no “debería” entrar el conocimiento, discusiones subjetivas que escapan de la objetividad inherente de la disciplina. Sin embargo, son diálogos que operan en torno a identidades colectivas y personales y que, a menudo, alcanzan una tensión y un nivel que deberían impulsar la participación del experto. Con todo, la reflexión teórica y filosófica del experto suele ser extremadamente débil porque son pocos los historiadores que dedican algo de tiempo a meditar sobre la índole ontológica, epistemológica, pragmática o fenomenológica de su quehacer. Lo más sencillo es centrarse en un método –decimonónico– que les garantiza un supuesto conocimiento verdadero del pasado. Indudablemente hay reconocidas excepciones, pero la escasa inquietud por la historia pública entre los especialistas pone de manifiesto esta lógica implosiva que gobierna al historiador disciplinado.

La memoria y la historia se atienen a temporalidades distintas. Hay historias que se anclan en la conciencia como si su conocimiento ya no pudiera ser disputado, como si se trataran de relatos definitivos. Son esas historias que devienen en hegemónicas, que parecen quedar fuera de toda temporalidad porque se presuponen concluidas. Basan su dominio en el presunto silenciamiento de otras historias, más díscolas, que contemplan o bien una temporalidad más extensa, afincadas en las memorias de los vencidos, o bien historias construidas a partir de nuevas sensibilidades, críticas con las lecturas de quienes campan en las instituciones reconocidas. Es, por ejemplo, el caso del relato de la Transición y la Democracia en España, tejido desde una figuración narrativa redentora de origen bíblico, donde el régimen conformado en la actual Constitución de 1978 aparece como un último acto redentor de un pasado de cainismo entre españoles (Izquierdo Martín, 2014).

Pero la memoria es particularmente sensible a la diversidad temporal: hay memorias de larga duración. La que existe, por ejemplo, en las comunidades indígenas mayas guatemaltecas, que no solo se vinculan a las matanzas perpetradas contra ellas en la segunda mitad del siglo XX, sino también al largo recuerdo del genocidio colonial español. Recuerdan el racismo más allá de los siglos más cercanos y en esa memoria reconocen las raíces profundamente subalternas de su identidad. Y hay otras memorias que, aunque más cortas, son intensas. La memoria de la represión franquista en España es una de ellas; una memoria irreducible a los libros y archivos de los historiadores que genera conocimiento histórico de forma autónoma y que se yuxtapone al saber histórico, habiendo sido incluso baluarte de este saber mientras los historiadores estaban en otra cosa.

La experiencia de las exhumaciones populares durante los años de la Transición democrática en España (1975-1982) muestra cómo la memoria de quienes experimentaron directa o indirectamente la represión fue crucial en la construcción de conocimiento histórico cuando las autoridades y los profesionales de la historia permanecieron más bien ajenos. Es el caso de uno de los episodios más destacados de recuperación pública del conocimiento del pasado antes de que la Historia Pública tuviera un mínimo papel en el mundo académico; un ejemplo de cómo la larga memoria comunitaria y familiar de los asesinados por el franquismo se convirtió en historia porque el recuerdo hizo posible el proceso de exhumación y enterramiento públicos de los restos humanos; porque hubo diálogos abiertos entre los vecinos, más allá de las emociones, sobre las razones que condujeron a su asesinato, sobre lo que estaban haciendo y sobre sus expectativas en torno al sepelio y enterramiento en campo santo. Aquellos actos no fueron espontáneos; estaban reprimidos bajo la losa de la dictadura, pero primigeniamente obedecieron a una memoria de tiempo largo que se compaginó con el conocimiento histórico no aportado por los historiadores. De ahí su relevancia no solo para una historia de la memoria fundada en la experiencia, sino también para una historia realizada desde la base social. He aquí conocimiento histórico de doble perfil, con responsabilidad pública y como ejemplo para historiadores que se toman la Historia Pública con la seriedad que merece.

La práctica de exhumación no solo fue una actividad voluntaria, emprendida las más de las veces a contracorriente de los límites que el régimen franquista todavía imponía cultural, legal e institucionalmente. La acción pública de la exhumación, el enterramiento de represaliados y el interés social por los restos óseos dejó una impronta destacada que, con dificultades, ha ido impregnando la conciencia histórica en el siglo XXI. Esta actividad fue emprendida a partir de iniciativas de familiares y amigos de los asesinados, que no se ocultaron ante otros públicos más amplios, no concienciados, todavía atemorizados por la cultura de la represión del primer franquismo o ya sumergidos en la cultura del consumismo y el desarrollismo de la segunda parte del régimen dictatorial. Por otra parte, la práctica no tuvo casi ninguna repercusión entre los especialistas historiadores coetáneos a aquellas experiencias públicas. Pero tuvieron enormes consecuencias porque, de alguna forma, son el antecedente de las exhumaciones profesionales que se iniciaron en el año 2000, voluntarias en su origen, pero paulatinamente amparadas por el Estado, especialmente a través de

algunas leyes autonómicas y mediante la ley de Memoria Democrática de 2022. Esta nueva oleada de desenterramientos ha permitido poner en evidencia la yuxtaposición de temporalidades no solo entre la memoria de quienes experimentaron directamente la represión y la de los nietos que la recuerdan por persona interpuesta, sino también entre las temporalidades que se cruzan en lugares de enterramiento que han sido doblemente exhumados, por familiares, primero, y por expertos, después (Kerangat, 2023 y 2024). Un cruce que pone de manifiesto la diversidad y complejidad de la irrupción y la convocatoria del pasado.

Estas páginas van dirigidas a abundar en este principal antecedente de la historia pública en España, si por tal historia entendemos algo más que el contacto del historiador profesional con públicos más amplios que los académicos y consideramos también la reivindicación del papel de los ciudadanos no solo como actores del pasado, sino también como autores del relato histórico. No es poco el pretérito que hay que reconocer en las múltiples voces de aquel pasado reciente. Por ejemplo, de aquel ayer de la transición española a la democracia que acabó silenciado. Recuérdense los movimientos vecinales donde las mujeres fueron reclamantes esenciales del desastre habitacional producido por el éxodo del campo a la ciudad, un éxodo que nutrió las nuevas barriadas de las grandes urbes española durante la “revolución verde”, emprendida con la única voz de la dictadura. O recuérdense aquellos movimientos juveniles de *yonquis* y *quinquis* que, con su micro-violencia, evidencian la extrema desigualdad de un desarrollismo cada día más rapiñador. O el movimiento asambleario que trató sin éxito de hacer sombra al sindicalismo reemergente. O recuérdese la violencia de la extrema derecha y de las fuerzas de seguridad del Estado en los años de la transición a la democracia, leídos desde una pasmosa historia condescendiente. Hay seguramente muchos más hundidos en este territorio donde los vencedores –de la guerra, del capitalismo, de la democracia representativa– acabaron imponiendo su relato como si este hubiera sido el único posible.

Comenzamos, lentamente, a reivindicar estas memorias que, en algunas ocasiones, se han transformado en historias narradas por sus propios protagonistas, o bien contadas a los historiadores en forma de testimonios en unos años donde la historiografía seguía oscilando entre la neoescolástica, la noción de la anti-España, el antiliberalismo y el fundamentalismo católico, por una parte; y el neopositivismo científico que abogaba por la europeización modernizadora, la obsesión por hallar datos con los que combatir las mentiras de la dictadura, la ingenua despolitización de la historia y el enclaustramiento disciplinario, por la otra (Artime Omil, 2016). Dos polos entre los cuales tenían difícil cabida los relatos edificados por actores/autores no asumidos como legítimos. Con todo, las exhumaciones emprendidas autónomamente por aquellos ciudadanos, impulsados por una clara reivindicación política en torno a la necesidad de encontrar a sus allegados y convecinos y por la exigencia ética de dar visibilidad a sus muertos, es seguramente uno de los episodios más emblemáticos de una –llamémoslo así por ahora– forma iniciática de hacer Historia Pública, distanciándose de un academicismo casi completamente ajeno a las demandas cívicas contra el régimen franquista.

Esa actividad no pudo ser dejada en manos de los profesionales de la historia porque, sencillamente, frecuentaban muy pocas ágoras en España y se ocupaban más bien de murmurar en los templos el relato de los éxitos del proceso transicional y/o el de la crítica al franquismo, siempre sin invitar a quienes habían recordado en la sombra los dramáticos efectos de un régimen que no acababa de sucumbir. La obsesión factual de una disciplina ensimismada en dar “objetividad” a su quehacer era demasiado relevante como para hacerla peligrar si intervenían actores/relatores no legitimados para tan destacada tarea. Aquellas exhumaciones y quienes las emprendieron, con los riesgos que representaban y con apenas altavoces que las divulgaran, probablemente sean lo más público del nacimiento de la Historia Pública en España. Y a ellos va dirigido este texto.

## El valor público de las exhumaciones espontáneas

La Guerra Civil española y la represión de retaguardia dejó miles de cuerpos de personas asesinadas en fosas comunes repartidas por todo el territorio del Estado español. Aunque hoy son más conocidas las exhumaciones que empezaron en el año 2000, existe toda una genealogía de aperturas de las fosas comunes de la guerra. Las exhumaciones se iniciaron en el mismo año 1936 y, sobre todo, en el periodo de posguerra cuando el régimen franquista procedió a exhumar a sus muertos para convertirlos en mártires de la dictadura. Todo este proceso, organizado por el régimen mayoritariamente en el marco del proceso judicial de la Causa General, cuyo objetivo era criminalizar a los “enemigos”, aparte de instituir una desigualdad de trato entre los muertos “vencedores” y los muertos “vencidos”, contribuyó a construir discursivamente el franquismo (Saqqa Carazo, 2024).<sup>1</sup> Durante la dictadura, también hubo algunas exhumaciones clandestinas de “vencidos” de la guerra (Ferrándiz, 2014). De manera muy discreta, algunas personas lograron desenterrar los restos de los suyos para reinhumarlos en sepulturas en cementerios deseados. Estas iniciativas pudieron tener lugar de noche y en condiciones muy precarias. En todo caso, es durante el periodo que conocemos como “transición” cuando tuvo lugar la mayor parte de las exhumaciones espontáneas e informales. Y estas iniciativas participaron de la creación de un contra-relato histórico que venía a desmontar los mitos franquistas, si bien quedó profundamente silenciado no sólo por los miedos de involución inherentes a la propia transición, sino también por la mirada ensimismada hacia el futuro que una parte de españoles fue desplegando, sin atender al pasado incómodo y traumatizante.

A la muerte del dictador Franco en 1975, numerosas familias a lo largo y ancho del Estado español pensaron que ya había llegado el momento de, por fin, desenterrar los restos de sus parientes asesinados por la represión franquista y darles una sepultura en el cementerio de su pueblo. En Peloche, una pedanía cercana a Herrera del Duque (Badajoz), se exhumaron los restos de los asesinados por la represión franquista en el verano de 1978. La exhumación se llevó a cabo por familias que retiraron la tierra con las palas que tenían a su disposición. Como en otras muchas exhumaciones, los restos exhumados fueron amontonados en sábanas blancas en el suelo. Esta fotografía fue tomada por José Luis Muga, nieto, biznieto y sobrino-nieto de fusilados. Tenía 9 años en el momento de la exhumación. La manera de retratar las exhumaciones, a través de las fotografías, era claramente informal.

### Imagen 1 Exhumación en Peloche (Badajoz)



Fuente: José Luis Muga Muñoz, 1978

Los familiares presentes se sacaron fotos junto a los restos, haciendo la fotografía más real, mostrando un compromiso con la visibilización de los muertos. En esta fotografía, además, podemos percibir la intención de enseñar, mostrar los restos a la cámara que sirve de testigo. Era la forma más directa de hacer pública una historia de dolor a través de la exhibición de restos que, así mostrados, cobraban existencia y reivindicaban su sepultura en el cementerio.

Posteriormente, los restos fueron colocados en ataúdes y fueron reinhumados en un panteón colectivo en el cementerio del pueblo. Se colocó el panteón de manera que pudiera ser visible desde la entrada del cementerio. El homenaje consistía, entre otras cosas, en visibilizar a las víctimas de la represión que tanto tiempo habían sido ocultadas en el paisaje y en los discursos. En el paisaje porque las fosas comunes no están marcadas y los restos de estos muertos no habían estado donde debían estar los muertos: en el cementerio. Y en los discursos porque los “vencidos”, según el régimen franquista, no tenían valor alguno. Ni siquiera podían figurar como muertos al no aparecer en los registros en muchas ocasiones. Con las exhumaciones y la nueva sepultura, los muertos lograban un lugar simbólico, volvían a aparecer estas víctimas, a ocupar un espacio crucial en una cultura de la muerte, la católica, donde adquieren todo su protagonismo.

En contra de la interpretación ya muy criticada de la transición española (véase por ejemplo Baby, 2015; Mateo Leivas y de Kerangat, 2020; de Kerangat, 2023; Martínez, 2012), que se sustenta en la idea de silencio, estas iniciativas informales nos muestran que hubo voces públicas sobre el pasado en los años 1970 y 1980. Las exhumaciones fueron iniciativas de memoria muy llamativas. Sacar y enseñar los restos humanos de varias personas, enterrarlas en el cementerio del pueblo con actos multitudinarios casi 40 años después de su muerte, no eran iniciativas discretas, habituales. Si a esto añadimos un contexto político de miedo, incertidumbre y violencia, entendemos que estas iniciativas constituían un acto de valentía muy destacable.

Además, fueron numerosas. Hablamos de más de doscientas. Es decir, que el silencio sobre el pasado fue relativo. Si hubo algún pacto tácito, lo fue entre las élites, centradas en no desencarrilar una transición pactada con el propio franquismo, y entre un gran número de historiadores, preocupados por recuperar el nivel científico de la disciplina después de años de propaganda del régimen. No obstante, las exhumaciones fueron silenciadas desde arriba. Un silencio impuesto a través de diversos mecanismos de contención que fueron desde la censura directa a formas más sutiles de incidir en la elección de palabras, de símbolos.

Quizás haya que recordar los elementos que hacen de una exhumación una práctica de historia pública. La exhumación de los cuerpos, explicada de forma sencilla, consiste en extraer los restos humanos de la tierra bajo la que estaban sepultados. De esta forma, salen a la luz estos restos, en el caso de los represaliados por el franquismo exhumados en los años 1970 y 1980, unas cuatro décadas después de su asesinato. De manera muy literal, pues, exhumar implica echar luz sobre restos humanos y así iluminar el pasado. Los restos de los represaliados conllevan los elementos, las marcas que permiten contar la historia de esta represión. Aunque las exhumaciones de estos años no fueron emprendidas por profesionales, sino por las propias familias y personas amigas, estas marcas se podían leer e interpretar. En este sentido, familiares y amigos construían relatos sobre el pasado no solo desde la emoción de la memoria, sino desde la reflexión responsable de la historia. Hacían así historia pública.

### Imagen 2

Dolores Orduña y Juana Mari Burdaspar con el cráneo de Eugenio Pérez en Monreal (Navarra), 1978



Fuente: Cortesía de Josefina Campos.

Cuando se mostraba un agujero en un cráneo, por ejemplo, se aclaraba que se trataba del tiro de gracia empleado para matar. Como hemos considerado anteriormente, otra práctica que se repite fue la de amontonar en el suelo los huesos exhumados, antes de colocarlos en ataúdes, de manera que podía apreciarse el gran número de personas represaliadas y el tipo de enterramiento de una fosa común, dirigido a despersonalizar a los asesinados.

### Imagen 3

Restos exhumados en el olivar de Las Boticarias, cerca de Casas de Don Pedro (Badajoz), mayo de 1978



Fuente: Cortesía de Felisa Casatejada

En muchas ocasiones, estas marcas fueron fotografiadas como pruebas de la violencia franquista. Se trataba de enseñar –en ambos sentidos de mostrar e instruir, dar a conocer– esta historia a contracorriente del silencio sobre el pasado violento del franquismo. Y se hacía en el espacio público, delante de los ojos de quien hubiera querido asistir a la exhumación.

Este valor público de las exhumaciones no sólo se manifestaba en el momento de recuperar los restos, sino en las ceremonias y funerales de reintermentación. Estos actos eran una oportunidad para que los “vencidos” de la Guerra Civil salieran a la calle y rindieran homenaje público a los represaliados. De esta forma recuperaban un espacio público para mostrarse, poniendo cuerpo a favor de la memoria de las víctimas del franquismo. Aunque los funerales, muchas veces religiosos, y las procesiones eran iniciativas que respondían a las costumbres culturales y funerarias –es decir, eran habituales–, el hecho de que fueran para *estos* muertos los convertía en un acto de recuperación de la historia que no pudo salir a la luz durante la dictadura.

A través de las exhumaciones, se hace historia bajo el terreno (Ferrándiz, 2014) y sobre el terreno. La antropóloga Zahira Aragüete-Toribio resalta la creación de esta historia alternativa a partir de los archivos familiares que se generan alrededor de las iniciativas de exhumación de víctimas de la represión franquista. Según ella, representan un esfuerzo de recomposición de una historia de pérdida fragmentada (Aragüete-Toribio, 2017, pp. 213 y 217). Revelan la emergencia de un nuevo espacio de enunciación histórica desde el cual emana un contra-discurso (Aragüete-Toribio, 2017, pp. 217 y 227). Los relatos del pasado que brotaban de las iniciativas de exhumaciones durante la transición por fuerza eran alternativos, ya que no entraban dentro de los discursos dominantes. Se trataba también de hacer historia fuera de los lugares de la historia profesional, considerando los relatos que se desprenden o que derivan de las exhumaciones como un bien común y accesible. En suma, las exhumaciones revelaban algo del pasado que se quería mantener oculto.

Sin embargo, la visibilidad de estas exhumaciones quedó limitada por el silencio impuesto. Estas iniciativas de memoria no fueron recogidas por los medios de comunicación considerados “serios”, los que actuaban en la conformación de “la verdad”. El contexto de la transición en el que el miedo y la incertidumbre reinaban también propició que se amoldaran los discursos. En un pueblo de Soria y en otro de La Rioja, por ejemplo, las personas que organizaban el proceso de reinhumación consideraron que la palabra “asesinados” era demasiado fuerte para ser inscrita en la lápida de la sepultura colectiva en la que se reinhumaron los restos. El Gobernador Civil de Badajoz advirtió explícitamente a Felisa Casatejada, de Casas de Don Pedro, que la procesión que proponía no se convirtiera en una manifestación política. Como resultado, esta etapa de exhumaciones informales no fue conocida ni reconocida a gran escala; pasó relativamente desapercibida en los discursos dominantes, incluidos los círculos académicos.

Las exhumaciones de la transición empezaron a ser mejor conocidas recientemente y permiten dar una vuelta adicional a la historización de la memoria. Y es que esta etapa de exhumaciones ha adquirido más visibilidad en el contexto de la nueva fase que empezó en el año 2000, protagonizada por profesionales forenses, antropólogos, historiadores. A raíz de las exhumaciones más contemporáneas aparecieron indicios de que antes había habido otras muchas. Los especialistas se toparon con fosas en las que faltaban partes de cuerpo o testigos que se acercaban a la exhumación con fotografías de las realizadas con anterioridad. Aparecían temporalidades distintas en el seno del mismo desenterramiento cuyo origen, aunque parecido, no eran idénticas en sus texturas memoriales o historiográficas. Y desde ahí comenzó a surgir un interés por estas anomalías, primero entre los profesionales que llevaban a cabo las exhumaciones, y después desde el ámbito periodístico, académico y popular. La propia historia de las exhumaciones de la transición volvió a adquirir un sesgo público, desde abajo. No solo es que las exhumaciones sean y fueran historia pública, como ha sido mencionado más arriba, sino que su propia historia se construyó como historia pública. Es decir, que la construcción de la historia de las exhumaciones, la reconstitución de su genealogía, tuvo lugar en el espacio público y a través de actores de la sociedad civil. Son las mismas personas que participaron y participan en las exhumaciones –familiares o activistas– las que han contribuido a redescubrir las exhumaciones del pasado. El conocimiento académico y general de algunos desenterramientos clandestinos durante la dictadura y, sobre todo, de la etapa de exhumaciones durante los años de la transición surgió del trabajo de estas exhumaciones expertas contemporáneas, pero aquí también intervino la ciudadanía aportando datos sobre exhumaciones anteriores. Por ejemplo, en la exhumación de Milagros (Burgos) en 2009 (de Kerangat, 2023, pp. 263-266), Esperanza Pérez acudió y contó su experiencia de haber llevado a cabo varias exhumaciones entre 1977 y 1979 en la provincia de Palencia. En la misma exhumación, un activista de la memoria acudió con fotografías de la exhumación de La Horra en 1980. Los historiadores han desarrollado una parte importante del trabajo histórico, pero la historia pública de estas exhumaciones ya venía construyéndose fuera de la academia.

Hasta cierto punto, este papel de “enseñar historia” a través de las exhumaciones se prolonga hoy en día. Dadas las diferentes características de las exhumaciones, esta historia ya no se hace de la misma forma. Con la profesionalización de la apertura de las fosas, las personas que enseñan son científicos: forenses, arqueólogos, historiadores, etc. En todas las exhumaciones proponen un momento pedagógico, explican sus hallazgos a las personas que asisten a la exhumación. En algunas ocasiones, se organizan visitas escolares. De esta manera también proponen un relato histórico en el espacio público.

Pero hay algo más. Podemos pensar que las exhumaciones espontáneas en España vinieron a llenar un hueco de la historiografía, quizás incluso sin ser un acto consciente. Las familias hicieron lo que consideraban justo: dar sepultura digna a los suyos. Pero el mismo acto procedía de la memoria de aquello que les había ocurrido y, a la vez, se convertía en relato histórico por cuanto familiares y vecinos reflexionaban y se explicaban unos a otros lo acontecido. Era, a la vez, irrupción y convocatoria del ayer. Sus públicos eran pequeños, pero en ese espacio de desenterramiento todos actuaron como actores y relatores del pasado.

Actuaron como herederos de los muertos. Y relataron lo que, en otros niveles académicos y profesionales, no se quiso o no se pudo narrar. Este trozo de historia permaneció en un nivel local, contenido por las autoridades y por los medios de comunicación y no logró integrarse en el relato del pasado autorizado y hegemónico. Hoy en día, sin embargo, es un relato que sigue impulsado por la sociedad civil y que ha pasado a formar parte de ciudadanos y especialistas. Es algo más que un archivo autorizado por el profesional de la historia, porque es todo eso y mucho más.

## Referencias

- Aragüete-Toribio, Z. (2017). Confronting a history of war loss in a Spanish family archive. *History and Anthropology*, 28(2), 211-234.
- Artime Omil, M. (2016). *España. En busca de un relato*. Madrid: Dykinson.
- Baby, S. (2015). Volver sobre la Inmaculada Transición. El mito de una transición pacífica en España. En M. C. Chaput y J. Pérez Serrano (Eds.), *La transición española. Nuevos enfoques para un viejo debate* (pp. 75-93). Madrid: Biblioteca Nueva.
- Cauvin, T. (2016). *Public History. A Textbook of Practice*. Nueva York: Routledge.
- Ferrándiz, F. (2014). *El pasado bajo tierra. Exhumaciones contemporáneas de la Guerra Civil*. Barcelona: Anthropos.
- Izquierdo Martín, J. (2014). «Que los muertos entierren a sus muertos». Narrativa redentora y subjetividad en la España postfranquista. *Pandora*, 12, 43-63.
- Izquierdo Martín, J. (2023). Sentarse en las dos orillas y sentir el río que pasa. Democratizar la democracia a través del conocimiento histórico. *Passés futurs*, 14, 217-240.
- Kean, H. (2013). Introduction. En H. Kean y P. Martin (coords.), *The Public History Reader*. Nueva York: Routledge.
- Kelly, R. (1978). Public History. Its Origins, Nature, and Prospects. *The Public Historian*, 1, 16-28.
- Kerangat, Z. de. (2023). *Remover cielo y tierra. Las exhumaciones de víctimas del franquismo en los años 70 y 80*. Granada: Comares.
- Kerangat, Z. de. (2024). Olas y mareas. Dinámicas de la memoria en las exhumaciones de las víctimas de la represión franquista. En L. Mateo Leivas, M. Alonso Riveiro y Z. de Kerangat (Eds.), *Culturas de la memoria en España. Genealogías, evocaciones y contratiempos* (pp. 79-95). Madrid: Catarata.
- Martínez, G. (2012). *CT o la Cultura de la Transición*. Barcelona: Debolsillo.
- Mateo Leivas, L. y Kerangat, Z. de. (2020). The Limits of Remembrance during the Spanish Transition: Questioning the “Pact of Oblivion” through the analysis of a censored film and a mass-grave exhumation. *Memory Studies*, 13(6), 1144-1165.
- Piedras Monroy, P. (2012). *La siega del olvido. Memoria y presencia de la represión*. Madrid: Siglo XXI.
- Saqqa Carazo, M. (2024). *Las exhumaciones por Dios y por España*. Madrid: Cátedra.

## Notas

- 1 La *Causa General Instruida por el Ministerio Fiscal sobre la Dominación Roja* en España fue una larga investigación judicial posterior a la Guerra Civil -iniciada el 26 de abril de 1940-, cuyo objetivo fue instruir “los hechos *delictivos* cometidos en todo el territorio nacional durante la *dominación roja*”. Fue crucial en la configuración del relato que el franquismo hizo de la Segunda República como un régimen que sometió a los españoles al separatismo nacionalista, a la lucha de clases y al yugo de la URSS.